

LIBROS

La última aventura de José Mallorquí

¿Qué puede hacer un hombre que acaba de perder una guerra, que vive de traducir novelas del inglés y tiene en la cabeza situaciones, gestos, palabras que no son suyos, al servicio de una poderosa capacidad de fabulación? De esos componentes podía surgir desde el Ulises, de Joyce, hasta el asalto al tren de Glasgow. José Mallorquí eligió, en la Barcelona de los años cuarenta, dedicarse a la escritura de novelas en torno a un personaje clave en la subcultura literaria del siglo XX español: El Coyote.

Este nombre pertenece a nuestro largo censo de mitos de papel. Nació casi con los españoles de mi promoción, y murió cuando la televisión imponía los teletontos y la vida nos imponía la realidad de todas las mañanas. El Coyote quedaba como un héroe de papel y de época, y como un dato aportado por los sociólogos de la cultura para demostrar el envilecimiento universal del arte de leer. ¿Obras más traducidas en todo el mundo?: Lenin, Marx, Shakespeare, Cervantes... María Luisa Linares, José Mallorquí... Ha sido el nacimiento de una actitud curiosa ante los hechos subculturales el que ha resucitado últimamente el interés por la escritura de Mallorquí, por su personaje El Coyote. Precisamente, hace poco más de un año, Buru Lan comenzó a editar títulos de Mallorquí, y hace unos meses estuvo a punto de cuajar un proyecto del especialista

español en medios audiovisuales, Espressate, para producir una serie de telefilms con el personaje central de El Coyote. Y según parece, estaba ahora en marcha un proyecto hispano-mexicano para realizar la serie.

Mallorquí había recibido últimamente visitas insospechadas de gentes de otras galaxias culturales, interesadas por el origen y propósitos de su serie:

—El primer título apareció en mil novecientos cuarenta y cuatro. Eran años muy difíciles. Vivíamos sobre un volcán y creo que nadie estaba seguro de cómo sería su vida en los próximos treinta años. Comencé la serie de El Coyote en marzo de mil novecientos cuarenta y cuatro. La escribí en plena invasión aliada, y la empecé a

ESPRETE J. MALLORQUÍ

EL COYOTE



El diablo, Murrieta y el Coyote

Una edición moderna de «El Coyote». Ya no es Batet quien las dibuja...

publicar en septiembre de aquel año.

Entre 1944 y 1951, Mallorquí publicó 130 novelas dedicadas al personaje bifronte de César de Echagüe, hacendado mexicano, que se convierte en El Coyote cuando quiere luchar contra alguna injusticia. Mallorquí se inspiraba en parte en el Quijote, en parte en la serie de El Zorro. Quería proponer al lector un héroe mexicano frente a los desafueros de los «gringos» en la neocolonización de Nuevo México y California. Don César de Echagüe era un hacendado superpru-

dente, incluso pusilánime. El Coyote su otro yo, era osado e implacable, capaz de marcar a sus adversarios con un estigma inconfundible: un disparo en el lóbulo de la oreja.

Tal vez El Coyote nunca habría quedado tan grabado en nuestra imaginación sin el físico que le prestó el dibujante Batet, ilustrador de las novelas y, posteriormente, dibujante de los «comics» consagrados al personaje. El Coyote llevaba un sombrero mexicano negro y amarillo, un antifaz, un mostacho endurecido, y todos estos rasgos nos sirvieron más de una vez de modelo a los niños de los años cuarenta y cincuenta para dibujar al héroe de nuestras audacias mentales.

Mallorquí se hizo rico con la serie. Cobraba 15.000 pesetas por una novela, en unos tiempos en que este tipo de piezas se pagaban a mil pesetas. El país tenía varios talentos en el campo subcultural. Mallorquí, con El Coyote; Estefanía, con sus series del Oeste; Alf Manz (Alfredo Manzanares), en la colección del FBI. También Mallorquí era un seudónimo para ocultar el verdadero nombre del autor de El Coyote. José Martí Figuerola, hijo de una familia dedicada a la hostelería, que buscó en la máscara del seudónimo la misma protección que César de Echagüe buscaba en el antifaz para convertirse en El Coyote.

Mallorquí, no por otro nombre pasará a la historia de la literatura popular española, estaba casado con Leonor del Corral, autora de novelas rosa. Su mujer murió en 1971, y Mallorquí vivía desde entonces en una obsesiva melancolía. Y se ha pegado un tiro en su casa de Madrid, porque la literatura ya no podía ayudarle a superar la evidencia de la realidad, la evidencia de la soledad. Pasadas las próximas semanas, dedicadas a la elegía y apología, sería útil volver sobre

la serie de El Coyote y tratar de descifrar las razones de su éxito. Tratar de saber cómo consiguieron, y por qué, coincidir un autor y un público en la elaboración de un mito subcultural. El propio Mallorquí razonaba ante José María Huertas las posibles causas de aquella coincidencia entre autor y público en torno a El Coyote:

—Creo que la angustia de «escapar» a las excesivas preocupaciones que pesaban sobre todos nosotros, ayudó mucho al éxito inicial de El Coyote.

¿Qué huellas del autor y sus lectores, de la historia que convivieron, han quedado grabadas para siempre en las páginas de El Coyote. Esta pregunta puede atraer sobre Mallorquí el interés póstumo de cuantos creemos que la subcultura de la era de las masas no ha hecho más que empezar, no ha hecho más que iniciar su irrupción en la comunicación humana, y que en este sentido Mallorquí quedará como el pionero de la fase inicial de «otra» literatura. Un pionerismo que le llevó incluso a ensayar literatura de ficción deportiva. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Una antología ilegible

Hasta mediada la década de los cincuenta, las literaturas hispánicas escritas en lengua no castellana fueron prácticamente ignoradas. La corta experiencia autonomista de vascos y catalanes durante los años de la segunda república y la doctrina de unidad nacional surgida de la guerra civil, figuran en la base de un buen número de circunstancias que explican dicha situación de apartamiento (verdadera separación) que las diversas culturas no oficiales han padecido y que, residualmente, siguen padeciendo. Sin embargo, la atención



EL ESTRUCTURALISMO EN LA ACADEMIA

La elección de Emilio Alarcos Llorach para ocupar el sillón "B" de la Academia de la Lengua, que dejara vacante el fallecimiento de don Narciso Alonso Cortés, ha venido acompañada de un cierto feminismo en los comentarios de la prensa, ya que uno de los candidatos era María Moliner. No es responsable el profesor Alarcos, sin duda, del antifeminismo de la sociedad y de la propia Academia a lo largo de la Historia (ni la Pardo Bazán, ni Blanca de los Ríos, Concha Espina o Gertrudis Gómez de Avellaneda consiguieron ingresar en la institución). Por otra parte, ciertos académicos han declarado que la obra del profesor Alarcos es más meritoria que la de María Moliner, autora del "Diccionario del uso del español", y que en estos momentos le resulta más necesaria a la Academia. Emilio Alarcos Llorach (Salamanca, 1922) estudió Letras en las Universidades de Valladolid y Madrid. En 1949 publicó su tesis doctoral: "Investigación sobre 'El libro de Alexandre'"; dos años después, "Fonología española", y, recientemente, "Estudios de gramática funcional del español". Estructuralista y funcionalista en el estudio de la lengua, lo es asimismo en sus estudios literarios, tales como "La poesía de Blas Otero" (1955) y "Ángel González, poeta" (1970), dos importantes aportaciones al análisis de la poesía de la posguerra. Obra clave para los estudios lingüísticos es su "Gramática estructural" (Gredos).

Desde 1950, el profesor Alarcos es catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo.

que en los últimos años les vienen prestando algunas revistas y editoriales de gran difusión, está contribuyendo a restaurar un deterioro que empezaba a ser ruinoso. En este sentido, el papel jugado por la amplia acogida dispensada a las ediciones bilingües de poetas como Salvador Espriu y Celso Emilio Ferreiro ha sido importante. Desde entonces, experiencias semejantes se han multiplicado, y en lo que va de año han aparecido en

el mercado no menos de cuatro antologías de la poesía gallega.

Antes, en 1969, se había publicado «Ocho siglos de poesía catalana, antología bilingüe» (1), que venía a satisfacer la curiosidad que un sector del público empezaba a sentir por una literatura de la que indirectamente tenía una

(1) «Ocho siglos de poesía catalana». Antología bilingüe. Selección y prólogo de J. M. Castellet y J. Molas. Alianza Editorial. Madrid, 1969.



miguel
castellote
editor

COLECCION DE BOLSILLO «BASICA 15»

Una aproximación a la problemática del mundo actual en una Colección de Bolsillo auténticamente popular y digna en su contenido y su presentación.

Cada número, de unas 60 páginas, 15 pesetas.

Los volúmenes constan de uno o varios números.

NOVEDADES

32-33. J.-J. Rousseau, «Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres» (estudio preliminar de J. Castellote). Precio: 30 pesetas.

34. Moisés García, «Estructura y dialéctica». Precio: 15 pesetas.

35-37. José Antonio Gómez Marín, «Bandolerismo, santidad y otros temas españoles». Precio: 45 pesetas.

38-39. Benito Pérez Galdós, «La sombra». Precio: 30 pesetas.

40-42. Jean Jacques, «Las luchas sociales en los gremios». Precio: 45 pesetas.

OTROS TITULOS PUBLICADOS

1-2. M. Godelier, «Esquemas de evolución de las sociedades». Precio: 30 pesetas.

3. G. Toti, «Sociología del tiempo libre». Precio: 15 pesetas.

4-7. «Poesía anónima africana» (selección, traducción y prólogo de R. Martínez Furea). Precio: 60 pesetas.

8-9. James Baldwin, Leroy Jones, «Al encuentro del hombre negro» (prólogo de L. Conde). Precio: 30 pesetas.

10-12. Oscar Hurtado, «Introducción a la ciencia-ficción». Precio: 45 pesetas.

13. Eduardo Haro Tecglen, «La crisis de la democracia». Precio: 15 pesetas.

14-20. Wells, Bradbury, Asimov, etcétera. «Narraciones de ciencia-ficción». Precio: 105 pesetas.

22-25. Jürgen Kuczynski, «Breve historia de la economía». Precio: 60 pesetas.

26-27. «El sentimiento de las cosas» (Antología de la poesía clásica japonesa). Precio: 30 pesetas.

28-29. Daniel Barros, «Poesía sudamericana actual». Precio: 30 pesetas.

30-31. Eduardo Chamorro, «Inclación al proceso histórico». Precio: 30 pesetas.

DE INMINENTE APARICION

Zola, «Germinal».
Benito Pérez Galdós, «El caballero encantado».

Lorand Gaspar, «Historia de Palestina».
J. L. Garci, «Adam Blake».

Solicite condiciones especiales para suscriptores.

Miguel Castellote Editor. Hermanos Miralles, 32. Teléfonos 276 77 52 y 246 06 18. Madrid.

ARTE • LETRAS • ESPEC

pequeña información (los poemas de Espriu cantados por Raimon, las primeras canciones de Joan Manuel Serrat...), pero cuyo origen y desarrollo ignoraba casi en su totalidad. Desde que la antología de José María Castellet y Joaquín Molas apareció en las librerías, en Galicia se esperaba que Alianza Editorial hiciera otro tanto con la poesía gallega. Al cabo de tres años lo ha hecho, y lo que al principio fue satisfacción general en los medios intelectuales gallegos se convirtió en seguida en una no menos general censura y desaprobación. Y no por las razones que convierten a la mayoría de las antologías en fuente de polémicas. Esas razones, que en otras circunstancias hubieran salido a luz, se han quedado en los tinteros, porque «Ocho siglos de poesía gallega» (2) es un ejemplo claro de lo que no debe hacerse.

Dejando a un lado los problemas que se reflejan al acierto o no de los antólogos en la selección de poetas y poemas, o en la utilización de una ortografía ya desterrada, o detalles anecdóticos —como el que Xavier Prado Lameiro se convierta en dos poetas diferentes: Javier Prado, uno, y Lameiro, el otro—, etcétera, etcétera; dejando a un lado todo esto y más que es importante, vamos a detenernos en la traducción que Andrés Ruiz Tarazona ha hecho de los poemas a él encomendados: del siglo XV en adelante.

Pocas objeciones hay que hacerle a la autora de la otra parte de la antología, Carmen Martín Gaité, que en general ha realizado su trabajo con dignidad, aunque no sin errores. Es lamentable, por ejemplo, que en la can-

tiga V (la número 793 del «Cancionero de la Vaticana»), de Pero Meogo, traduzca «a auga volvía» por «al agua volvía» cuando en realidad «volvía» significa aquí «turbaba», con lo cual el valor estilístico del verso desaparece por completo. Y más lamentable por cuanto en el libro de Méndez Ferrín «O cancionero de Pero Meogo» (Galaxia, Vigo 1966), podía encontrar aclaración a sus dudas. Pero ya digo, en general, la labor de Carmen Martín Gaité es aceptable. En cambio, la realizada por A. Ruiz Tarazona es detestable. Los ejemplos podrían ofrecerse por cientos, pero voy a limitarme a unos cuantos, para que el lector no versado sepa qué significan realmente las graves palabras que los autores han colocado al frente de su obra, en la página 28: «En cuanto a la traducción, hemos procurado, sin salirnos de una absoluta fidelidad al espíritu del texto...».

En la página 166 y en un villancico anónimo del siglo XVII traduce «peroliñas» —diminutivo de «pérolas» (= «perlas») — por «cazuelitas», y así el verso «Se me chora de amor peroliñas», queda de esta manera: «Si me llora de amor cazuelitas». En el poema «Soila», de Rosalía de Castro (página 281), ignora que «dondas» significa «apacibles», y el verso «Eran dondas as tardes» pasa a «Las tardes eran locas». En «As duas pragas», de Curros Enríquez (pág. 293), confunde «afumado» (= «ahumado») con «húmedo». Y en ese mismo poema, donde dice «vina» (= «la vi»), traduce «venía». Del mismo poeta, convierte «gorxa confiada» (= «garganta confiada») en «multitud confiada» (página 311).

Entre los poetas del siglo XX comienza Ramón Cabanillas diciendo en castellano «racheados» (pág. 334) donde él dijera «rachadores», que significa «rompedores». Y continúa:

«Qué bien quiere una [paloma si vuelve a su palomar], en lugar de: «El buen cariño es [una paloma que siempre vuela [al palomar]» (3).

Por su parte, Manuel Antonio nunca quiso decir «desahogo» cuando escribió (pág. 379): «Presinto un desacougo (= desasosiego) que perdura». Ni llegaría a pensar jamás que el verso «A chouva entrou na noite» (= «La lluvia entró en la noche»), pudiera traducirse por «La lluvia entró de noche» (página 383).

Para terminar: «remorso» (pág. 385) nunca es «añoranza»; sino «remordimiento»; ni «arroces» (pág. 391) son «atunes», sino «delfines»; del mismo modo que «escachando con estrondo» es «rompiendo con estruendo» y no «destrozando con esfuerzo» (página 399). Además, «tremar» es «temblar», no «templar» (pág. 404); «aloumiñar» es «acariciar», no «alumbrar» (página 410). Y aquí ponemos un etcétera que el lector que desee puede alargar cuanto quiera, incluso hasta salirse del libro que nos ocupa y saltar a las páginas de otra antología también recientemente salida al mercado (4) y de la que no nos vamos a ocupar, pero donde se encuentran cosas tan regocijantes como esta: En un poema de V. Paz Andrade, los «bandeirantes paulistanos» (pág. 50) se convierten en «grupo de guerrilleros palestinos».

Esperemos que Alianza Editorial (cuya importante labor no ponemos en duda), si no se decide a retirar del mercado esta antología ilegible, sepa subsanar de alguna manera, en próximas ediciones, los importantes errores aquí señalados. ■ CARLOS CASARES.

(3) En gallego: «O bo cariño é unha pomba que sempre volve ó pombal».

(4) «Antología de poesía gallega». Manuel Catoira. Zero. Madrid, 1972.

Hegel: filosofía y religión

«Definir metafísicamente a Dios es expresar la naturaleza en pensamiento», dijo Hegel en su «Enciclopedia de las ciencias filosóficas»: tal es el lema que podría resumir el espléndido ensayo de Antonio Escobedo (1), que tengo ocasión de comentar aquí. Los ensayos filosóficos de cierta densidad especulativa son inusuales entre nosotros; suelen desvirtuarse las habituales concepciones a lo sociológico o a lo académico, que encubren la incompetencia para tales aventuras intelectuales. Aún más infrecuentes son las aproximaciones en su propio terreno a la filosofía de G. W. F. Hegel. Conocemos dos en los últimos años, y debemos felicitarlos por ello (no sobran en este país los motivos de gozo intelectual): un notable ensayo de Ramón Valls («Del yo al nosotros») y el libro de Escobedo que ahora nos ocupa. Ambos dan suficiente prueba de una «presencia hegeliana» en nuestro contexto cultural, entendida no como simple recreación profesional de los temas hegelianos, sino como creación especulativa a partir o en la traza de Hegel.

El puesto que Hegel dedicó en su pensamiento al raciocinio sobre la religión es significativamente privilegiado. Ante los misterios dogmáticos, cabe la postura de quien los acata venerablemente, según la fe instituye, o los rechaza de pleno, según el habitual funcionamiento del racionalismo empirista; pero ambas posturas son irrelevantes desde el punto de vista filosófico. Hegel, el sistemático de pensamiento más completo y satisfac-

(1) Antonio Escobedo, «La conciencia infeliz». «Revista de Occidente», 1972.